

Rhythm & Books: ni ritmo, ni letras

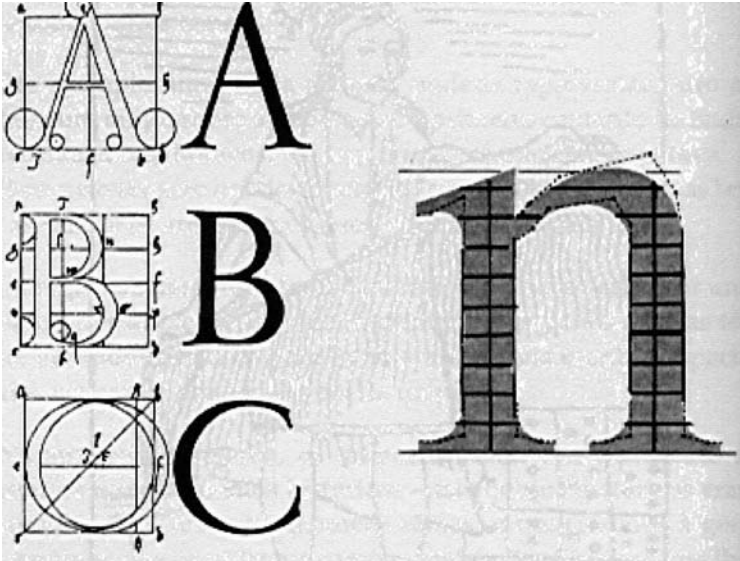
Jesús Francisco Conde de Arriaga

JORGE LUIS BORGES dijo que todas las artes tienden a la condición de la música. Y en un poema que escribió a Brahms, deja entrever el profundo significado de ella: su forma como fondo y su cercanía con el misterio del mundo. La música para Borges no significa la tristeza, sino que es la tristeza. La certera combinación de silencio y sonido es también el equilibrio necesario del universo: el bien y el mal, lo masculino y lo femenino, la luz y la sombra.

Así, no resulta del todo extraño que la escritura conviva con la ejecución de algún instrumento —la idea del artista decimonónico no se ha perdido del todo— o con pinceladas de colores pastel. Pienso en James Joyce y en Carlos Montemayor, ambos tenores y en Evodio Escalante y en Julián Herbert, saxofonista y guitarrista, respectivamente. De la misma manera, no son pocos los músicos que se sienten seducidos por la idea de contar una historia desde un lugar distinto. Recuerdo a Lou Reed, Bob Dylan o Javier Corcobado, por mencionar sólo a algunos.

En México, Verónica Maza y Elena Santibáñez han decidido darle una forma concreta a estas aventuras y formaron, en 2009, la editorial independiente *Rhythm & Books*, establecida para publicar ensayo, novela y poesía de músicos mexicanos, concretamente, de aquellos emergidos del rock.





Si en los años ochenta el rock mexicano despuntó como negocio, bien es cierto que muchas de las propuestas musicales coqueteaban con la literatura, el teatro y el cine. Sólo basta recordar los primeros conciertos de La Castañeda y sus sueños macabros llevados al escenario; las letras propositivas de José Manuel Aguilera y las incursiones de Rita Guerrero en la película “Ciudad de ciegos”. El rock mexicano, desde sus inicios y durante gran parte de la década de los noventa, parecía apuntar a un movimiento contracultural y multidisciplinario que lo mismo contaba entre sus filas a escritores como Xavier Velasco y José Agustín que a grupos de música norteña, electrónica y progresiva que se alejaban de lo común. De este modo, el rock mexicano se constituyó —menospreciado y todo— como una parte importante en la vida cultural mexicana.

A casi veinticinco años de que se creó el concepto de “Rock en tu idioma” y con la resaca del movimiento “Indie” de principios de este siglo, los roqueros mexicanos toman ahora por asalto las páginas de esta novísima editorial. Los primeros títulos son *Corazón minado. Declaratoria*, de Pascual Reyes; *Una historia como cualquier otra* de Carlos Avilez y *Aire en espera* de José María Arreola.

Corazón minado. Declaratoria del cantante de San Pascualito Rey tiene un prologuista de lujo: Jaime López. El tamaulipeco es un icono dentro del rock subterráneo y lo mismo ha musicalizado versos de Xavier Villaurrutia en el disco “Y mi voz que madura”, con Maru Enríquez,

que escribió obras de teatro y sonetos. En el prólogo, López no puede separar las canciones de Pascual Reyes de los “versos” que reúne en el libro. Y es que es inevitable pensar que las imágenes desgarradoras y precisas de sus

canciones se vuelven lugares comunes y prosa cortada sin música que las acompañe. Escribe López: “La canción habita en el tiempo, su escritura en el espacio. De los versos que caen en la página para que deje de estar en blanco, pocos permanecen, sólo algunos resisten”.

El oficio de la escritura —y aquí sigo a Héctor Libertella cuando cita a Elie Wiesel—, es más parecido a la escultura que a la pintura. En ésta, se agrega; en aquélla, uno saca y elimina para hacer visible la obra. Lo que el lector ve no es lo que el escritor pone, sino aquello que quitó para que la obra estuviera terminada. En el libro de Reyes sobran ansias de decir pero falta talento y oficio. Los principios de concreción y abstracción no tienen límites claros que puedan sostener la construcción poética. En vez de poemas, en *Corazón minado* sólo quedan retazos de canciones, posibilidades de construcción que no llegan a ninguna parte. La escritura es azarosa y dolorosamente ingenua. Un ejemplo:

Te he entregado las mejores noches
que he soñado
y he lavado mis horas abrazándote

he matado payasos
para ver una sonrisa en tus labios
y he cavado refugios en tu faja arena

he volado tu cama
con explosivos nocturnos



Los primeros tres libros de *Rhythm & Books* tienen una propuesta editorial clara: un autor, un prologuista y un ilustrador. En *Una historia como cualquier otra* de Carlos Avilez, bajista de La Cuca y Las horas muertas, las ilustraciones son cortesía de Guadalupe Rosas. La influencia directa de Charles L. Dogdson –nombre verdadero, acaso seudónimo, de Lewis Carroll– es visible en el texto y en el trabajo plástico. A la manera de Peter Newell, las imágenes son una interpretación oscura y sugerente del mundo de un hada que “primero, se quedó sin alas”. Con distintas técnicas de ilustración –dibujo, collage, stampa– la historia se cuenta a través de la atmósfera creada por la artista visual. Esta es la mayor virtud del libro, ya que el texto de Avilez es anodino y superficial; la construcción de personajes es inexistente, la trama es insubstancial y la línea anecdótica es simplona. Los cuentos de hadas, las leyendas y los mitos pertenecen al dominio público, por eso es necesaria su resignificación y la “vuelta de tuerca”. Decir, pues, de otro modo lo mismo, como escribió Bonifaz Nuño. Proceso que en Clarice Lispector, por ejemplo, es claro. En “A perigosa Yara”, una leyenda brasileña cobra nueva vida a través de la escritora.

La tercera entrega de la editorial es la novela *Aire en espera* de José María Arreola. El ex baterista de La Barranca crea una novela donde el personaje principal es el edificio donde viven Archibaldo, la Señora Guapa Fea, el Pintor Casi Famoso y el Señor de las Malas Maneras. El juego que plantea Arreola remite a *Si una noche de invierno un viajero* de Italo Calvino. Como en el libro del italiano, *Aire en espera* es el placer de

la lectura y el guiño constante al lector –a veces sutil, en ocasiones cínicamente hilarante– el que construye una historia imposible a partir de una cotidianidad trastocada por los intestinos del edificio, el mismo al que le duele el departamento 33. Una atmósfera lograda, un lenguaje depurado y un manejo tonal preciso convierten a la primera novela de Arreola en un texto necesario y entrañable.

Además del prólogo de Fernando Rivera Calderón –completamente prescindible– el libro tiene un defecto mayúsculo: las ilustraciones y el diseño editorial de César Caballero. La lectura se vuelve pesada y tortuosa por los cambios inexplicables en la tipografía y en el puntaje, el uso indiscriminado de altas y bajas y la formación arbitraria de las cajas del texto. La historia del edificio y su departamento 33 se pierde irremediamente entre los caprichos de Caballero.

El amor a los libros siempre se agradece, las propuestas editoriales arriesgadas y los autores nuevos son siempre apuestas gratificantes; pero en vez de editar libros que inviten y seduzcan, pareciera que *Rhythm & Books* busca satisfacer egos. Las presentaciones de libros son más bien firmas de autógrafos. En estos tres primeros títulos, parece que lo menos importante es la literatura. Eso, de verdad, ni los libros, ni la música, ni el rock, lo necesitan. ▲▲

